

El monstruo neuronal

Prof. Dr. Carlos Garay

"Cada uno de ellos era fundamentalmente normal, pero juntos formaban un monstruo"

V. Navokob, Escenas de la vida de un monstruo doble,
en Madmoiselle O, Buenos Aires, Sur, 1963

Los siameses han sido considerados una monstruosidad típica. Sin embargo hay dos cuestiones sobre las que todavía no se ha llamado la atención. Una es que las personas normales tienen dos hemisferios cerebrales que pueden funcionar independientemente como puede observarse en los casos de cerebros divididos y en ciertas patologías como las personalidades múltiples y el síndrome de la mano ajena. En este sentido, albergamos dos personas en nuestras cabezas. Por lo tanto, podríamos considerar que somos un par de siameses ligados por el cuerpo calloso. El otro caso es que el "yo" no termina en el límite de nuestro cuerpo, sino que se extiende incluyendo elementos y personas de nuestro entorno. La hipótesis de la mente extendida sostiene que algunos procesos mentales se realizan en el exterior del cuerpo. Por ejemplo, cuando utilizamos artefactos cognitivos como calculadoras, computadoras o agendas, podemos afirmar que delegamos en ellos parte de la tarea. Lo mismo da que el artefacto en cuestión se encuentre dentro del cuerpo, en la forma de implante artificial, o en su exterior. Estos artefactos cognitivos son parte constitutiva de nuestro sistema mental. Hay también otros tipos de complementos que aumentan nuestras capacidades sensoriales y motoras como muchos implementos que se utilizan en la investigación científica. Éstos se vuelven auténticos dispositivos epistémicos sobre todo cuando juegan el rol de producir, modificar, completar y unir ideas. En el ámbito emocional ocurre algo similar. Hay muchos objetos, personas e instituciones que son parte, literalmente hablando, de nosotros mismos, muchas veces más que las partes de nuestro propio cuerpo. Y, paralelamente, nos sirven para producir, modificar, completar y unir emociones. Mi tesis sostiene que, al menos en el caso de los siameses, se han visto monstruos simplemente porque no nos conocíamos suficientemente bien a nosotros mismos o, dicho de otra manera, que todos somos y funcionamos como siameses. Y esto ocurre tanto en lo que respecta a nuestra vida interior, como a nuestra vida social y comunitaria. En el argumento utilizaré los casos de las *Biddenden Maids* (Bondeson, 1992) y de Abigail y Brittany Hensel como puntos de partida para mostrar cómo pueden comprenderse como una unidad o, como dice Nabokov, como un "juicioso compromiso entre lo común y lo particular". Discutiré de paso la teoría de Wigan (1844, 1985) de la dualidad mental y las conclusiones que al respecto propusiera Roland Puccetti (1989).

Hay una persona sentada en un sillón frente a un televisor encendido. Con su mano derecha sostiene el periódico que está leyendo. Su mano izquierda toma el periódico y lo tira al piso. La mano derecha lo recoge, y la izquierda lo vuelve a arrojar. Y así sucede repetidamente. La interpretación neuropsicológica de la escena es directa: esta persona presenta un síndrome de desconexión entre ambos hemisferios cerebrales como consecuencia de un daño en el cuerpo calloso. El hemisferio izquierdo, que controla la mano derecha, sostiene el periódico con la clara intención de leerlo. Pero el hemisferio derecho, que no sabe leer, desea continuar viendo televisión y es por eso que ordena a la mano izquierda deshacerse del periódico. Algo similar le ocurre a la mujer que está eligiendo qué ponerse. Toma una camisa y comienza a vestirse. Mientras abrocha los botones con su mano derecha, la mano izquierda procede a desabrocharlos. Y otra persona aún es despertada por su mano dándole golpes en la mejilla.

Todas estas personas tienen desconectados ambos hemisferios cerebrales. Pero, ¿demuestra esto que tenemos dos mentes independientes y autónomas? ¿Puede ser cierto que un mismo cuerpo puede albergar dos personas con identidades y fines diferentes?

En los casos anteriores hallamos que el paciente declara que los movimientos que realiza su mano izquierda son caprichosos e involuntarios. ¿Qué otra cosa podría decir el hemisferio que habla y que controla la mano derecha? Su hemisferio derecho no puede hablar y, por lo tanto, no puede defenderse de esa manera. Sin embargo, se expresa de una manera que permite comprenderlo como ejerciendo cierta autonomía. Wigan (1844) había observado en la autopsia de un paciente que éste tenía solamente un hemisferio cerebral. El otro había desaparecido. Sin embargo, el paciente había sido capaz de mantener una conversación racional e, incluso, escribir versos, hasta pocos días antes de morir. ¿Cómo podía explicarse eso? Una forma de hacerlo consiste en suponer que toda la mente del paciente estaba controlada nada más que por el hemisferio que quedaba. Wigan expresó su teoría de la siguiente manera:

"Los dos hemisferios son en realidad y de hecho dos órganos completamente distintos, y cada uno de ellos es tan completo y tan perfecto en todas sus partes y para los fines que se suponen que cumplen, como cada uno de los dos ojos.

"Sostuvo

- "1. Que cada cerebro es una totalidad perfecta como órgano de pensamiento.
 2. Que un proceso de pensamiento o raciocinio distinto y separado puede ser llevado a cabo por cada cerebro simultáneamente.
 3. Que cada cerebro es capaz de una volición separada y distinta, y que muy a menudo estas voliciones son opuestas.
 4. Que en el cerebro sano, uno de los cerebros es casi siempre superior en poder al otro, y capaz de ejercitar control sobre las voliciones de su compañero e impedir que pasen a la acción o que se manifiesten a otros."
- (Puccetti, 1989)

Puccetti comienza su crítica a Wigan señalando que del hecho de tener dos cerebros no se sigue que tengamos dos mentes, de la misma manera que de tener dos fosas nasales no se sigue que tengamos dos sentidos del olfato.

Pero agrega que si tuviéramos dos mentes, deberíamos experimentar dos corrientes o flujos de pensamiento. Él lo llama "experimentar una dualidad mental". Sostiene que, de hecho, no experimentamos tal dualidad. Puccetti no parece advertir los límites del lenguaje ordinario para expresar lo que Wigan quiere decir. ¿Quién experimentaría dos flujos de pensamiento? ¿Qué nos orienta mejor para determinar si existen dos mentes dentro de una cabeza? ¿La conciencia inferida a partir de lo que el paciente dice o declara, o la evidente intencionalidad de sus acciones?

Una manera de exponer la situación sería acordar con el punto 4 de Wigan sobre que un hemisferio siempre es dominante, enfrentándonos con el problema de saber si los pensamientos del hemisferio dominado son conscientes o inconscientes. Lo que no podemos decir es que la actividad de su hemisferio derecho no le pertenece, que no es él mismo. No podríamos sostener que cuando estaban unidos los hemisferios constituían una sola persona,

pero que ahora, al estar separados, son dos personas. No es el hecho de la aparente autonomía lo que los hace ser una persona y no dos. Tampoco la unidad de la conciencia, aún incógnita. Sino aquello que los hace actuar de acuerdo. El desacuerdo es lo que nos produce la ilusión de tratarse de dos personas. Una faceta en la expresión de la subjetividad.

En los casos contemporáneos de hemisferectomía se ha podido observar que los pacientes, especialmente los niños, pueden recuperar la mayoría de las funciones que podríamos llamar "normales".

Vamos ahora a examinar el caso de las siamesas Abigail y Brittany Hensel que nacieron el 7 de marzo de 1990 en Carven County, Minnesota. Su caso se destaca porque, a simple vista, tienen un solo cuerpo con dos manos y dos piernas, pero dos cabezas. Algo similar ocurre a los que tienen el cerebro dividido, pero un poco más separados. La cabeza derecha controla el hemicuerpo derecho y la cabeza izquierda el hemicuerpo izquierdo. Impresiona lo "normales" que son, puesto que van al colegio, juegan, practican deportes y conducen automóviles como cualquier otra persona. La tendencia ha sido considerarlas dos personas distintas sobre la base de que cada cabeza puede expresar sus propios sentimientos, pensamientos y deseos. Otra vez, es la divergencia que puede existir entre ellas la que nos señala que son dos y no una, a pesar de compartir un solo cuerpo. Pero al tener un solo cuerpo o, quizás mejor, dos cuerpos inseparables que lucen como uno solo, han planteado algunos problemas de orden social o administrativo como cuántas licencias de conducir había que otorgarles o si deben pagar uno o dos tickets de avión, o una o dos entradas de cine o cuántas alumnas inscribir en la escuela. Aunque estas circunstancias parezcan menores, no lo son porque revelan la perplejidad social de los que dan por absolutamente cierto que debe existir una relación biunívoca entre la cantidad de cuerpos y la cantidad de personas. Ellas no tienen mayormente problemas para orientar su acción y emprender planes conjuntamente.

Sorprende la facilidad con la que pueden ponerse de acuerdo para realizar todas las tareas cotidianas: higienizarse, andar en bicicleta, comer y demás. Bueno, tampoco es para sorprenderse tanto ya que nacieron con esa condición y no conocen lo que es estar separadas. [El personaje de Nabokov se asombró al ver por primera vez a personas que tenían solamente una cabeza] Algo parecido nos ocurre a nosotros con nuestros dos hemisferios.

Cada uno controla la mitad contralateral, y sin embargo no suelen presentar inconvenientes para ponerse de acuerdo.

En el siguiente caso nos encontramos con cierto tipo de siameses como, por ejemplo, las llamadas *Biddenden Maids*: Mary y Eliza Chulhurst. La historia afirma que nacieron en el año 1100 dC en una pequeña localidad de Yorkshire en Inglaterra. Eran siamesas simétricas unidas por los hombros y la cintura. En este caso era más evidente que tenían dos cuerpos, cada uno con su correspondiente cabeza. Parece que en el año 1134, Mary cayó enferma y falleció. Se propuso entonces separar el cadáver de Mary del cuerpo de su hermana Eliza por medios quirúrgicos, pero, se dice que Eliza rechazó la propuesta con la frase: "Así como vinimos juntas, también nos iremos juntas". Y seis horas después, Eliza también falleció (Bodenson, 1992). Me pregunto qué pudo haberle hecho tomar esa decisión. Sospecho que Mary era parte de Eliza en un sentido mucho más fuerte y literal que cualquier parte de su propio cuerpo. Quizás Eliza podría haber soportado la amputación de cualquier parte de su propio cuerpo. Pero no podía soportar la ausencia de Mary.

Consideramos hasta ahora la posibilidad de que, al menos, dos personas habiten un mismo cráneo y un mismo cuerpo y aun así sigamos hablando de "el paciente". Luego separamos ese

cráneo y lo convertimos en dos cráneos, viendo cómo pueden comportarse de acuerdo aunque tengan un solo cuerpo. Y con las *Biddenden Maids*, advertimos la necesidad y dependencia entre dos personas que, estando un poco más separadas entre sí tenían cada una su cuerpo pero aún compartían la misma piel. Esa piel que no las convertía en una unidad, sino su imposibilidad de vivir una sin la otra.

Ahora propongo dar el último paso crucial. Ahora, dos personas no comparten la piel ni el cuerpo, pero comparten la vida. El hijo que durante un tiempo formó parte del cuerpo de su madre, ya ha nacido. Está allí afuera. Cambiamos nuestra forma de hablar de ellos y denominamos al vínculo madre-hijo un vínculo afectivo. Un vínculo, propongo, que creemos intangible y, por ello, menos real. Creemos que la separación de los cuerpos y de las pieles, contenedoras de las personas, guardianas de su intimidad y de su autonomía, es la que nos hace distintos, la que nos hace personas separadas e independientes. Pero al mismo tiempo sabemos que ese vínculo no se establece si no existe una continuidad en el tiempo del contacto físico, carnal, olfativo, visual y auditivo. La extensión corporal no es indivisible sin afectar la identidad. No seré la misma persona si me quitan las piernas o me agregan una. Menos lo seré luego de un daño cerebral. Pero la extensión corporal no puede reducirse a los límites de la piel. O lo que es lo mismo, nuestra vida mental, lo constitutivo de nuestra identidad, no puede reducirse a la mera corporalidad individual.

Cuando a un hijo le insultan a su madre, lo insultan a él. Cuando el hijo sufre, su madre sufre más que él. ¿Cómo se conectan entre sí? ¿Cuáles son los canales del insulto y el sufrimiento? Sostengo que esos canales son siempre físicos, aunque pretendan estar mediados simbólicamente. Los símbolos son señales físicas que golpean y alteran nuestra estructura cerebral. Aunque ni siquiera nos toquemos, en estos momentos, usted y yo estamos en contacto físico. La actividad de mi cerebro se vuelca al teclado, se guarda en mi disco y viaja por medios físicos hasta los organizadores de las jornadas y, finalmente, impacta en la retina de los lectores.

En este punto, la tesis de la mente extendida implica un cambio conceptual profundo que afecta, a su vez, a la mayoría de los llamados "predicados mentales". Existen, sin duda, mecanismos biológicos, desarrollados evolutivamente, para que el organismo tenga una referencia en sí mismo y con respecto a todas las demás cosas que lo rodean con el fin de asegurar su supervivencia y su reproducción. En los seres humanos esa función la cumple el "yo" en cuanto unificador del flujo de la experiencia interna y externa al cuerpo. Pero lo que soy yo, como sujeto, no necesariamente ha de estar dentro de mi cabeza, ni siquiera dentro de mi cuerpo. Yo soy un conjunto de partes que procesan información, ligadas entre sí por medio de un bucle dinámico que se desenvuelve a lo largo del tiempo. Si separamos los hemisferios o si separamos a las siamesas, ya no conservan su identidad. Ya no son las mismas. Al mismo tiempo, si separan a la madre de su hijo ni la una ni el otro serán los mismos. Sencillamente porque no eran dos y nunca lo fueron.

El problema no es tanto si la mente se extiende o no, sino qué es lo que le proporciona unidad ontológica. Las respuestas de tipo kantiano que apelan a la apercepción trascendental se orientan a dar razón de algo que admitimos como un hecho: la unidad de los fenómenos en una conciencia posible. Y esa conciencia posible debe revelarse como autónoma. Éste es el núcleo del problema: la aparente espontaneidad, incausada, del comportamiento racional humano. En cambio, desde la presente perspectiva, la condición de autonomía pasa a un segundo plano.

En la tradición cartesiana el yo se ha identificado con la conciencia, pero la conciencia es sólo un pequeño órgano de la mente que contribuye a la localización del organismo. La mente personal,

el verdadero yo, se extiende mucho más allá del aquí y el ahora de nuestros cuerpos. Y esto hace que nunca estemos solos. Basta un solo recuerdo para quedar atrapados, como en una red, con el afuera y con el pasado. No podemos estar solos. Arrastramos y somos arrastrados por una multitud de Otros y otras cosas. Somos más un torbellino de parientes, amigos, colegas, ropa, artefactos y enseres que sujetos cartesianos aislados, encarcelados, en la presunta intimidad de la conciencia. En la tradición fenomenológica, "actitudes proposicionales", "intencionalidad", "contenidos de conciencia", "fenómenos", todavía son nociones que no admiten el afuera, como si nunca hubieran conocido el afuera, como si se hubieran gestado interiormente, por su propia espontaneidad [sponte sua], o lo que es más difícil de justificar, por una normatividad interna inherente al sujeto.

Tanto los siameses como las personas con cerebro dividido, nos parecen monstruosos en cierta medida porque nos dicen algo de nosotros mismos. Los siameses nos dicen que vivimos enganchados, fuertemente vinculados, con personas y cosas que nos rodean y acompañan durante la vida. Que su eventual pérdida nos produce un dolor a veces más fuerte que una amputación porque son más parte de nosotros mismos que las partes de nuestro cuerpo.

Los cerebros divididos nos recuerdan lo difícil que nos resulta a veces, llevarnos bien con nosotros mismos. Al contemplarlos, vemos eso que somos y que aún no comprendemos.

Bodeson, J. (1992) "The Biddenden Maids: a curious chapter in the history of conjoined twins", *Journal of the Royal Society of Medicine*, vol. 85, pp. 217-222.

Puccetti, R. (1989). Two Brains, Two Minds? Wigan's Theory of Mental Duality. *Brit. J. Phil. Sci*, 40, 137-144.

Wigan, A. L. (1844, 1985) *The Duality of the Mind*, Joseph Simon.